

*Propósitos de los etolios frustrados. – Prosecución de la guerra. – Retorno de Filipo y sus tropas a Macedonia. – Situación de Aníbal, Antíoco, Licurgo y los aqueos.*

Todos los etolios se hallaban ansiosos de que la paz se concertase (año -219). Estaban cansados de una guerra que había desmentido en todo sus esperanzas. Llegaron a presumir que manejarían a Filipo como a un niño sin juicio, debido a su tierna edad y escasa experiencia; pero se hallaron con un hombre cabal, tanto en la empresa como en la ejecución de sus propósitos, y ellos se acreditaron en todas sus acciones públicas y particulares de hombres despreciables y pueriles. Luego que llegó a su noticia el alboroto de los rodeleros y la muerte de Apeles y Leontio, dilataron y difirieron el día señalado para ir a Rion, con la esperanza de que se originaría algún grave y peligroso trastorno en el palacio del rey. Filipo abrazó tanto con mayor gusto este pretexto, cuanto que fiaba del buen éxito de la guerra y había venido con ánimo de dificultar el convenio. Y así, lejos de inducir a la paz a los aliados que habían concurrido, los alentó para la guerra y, vuelto a hacerse a la vela, se dirigió a Corinto. Aquí dio licencia a todos los macedonios para marchar por la Tesalia a invernar a sus casas. Él partió de Cencreas, y costeando el Ática, vino por el Euripo a fondear en Demetrias, donde hizo cortar la cabeza en un consejo de macedonios a Ptolomeo, único cómplice que quedaba de la conjuración de Leontio.

Por entonces Aníbal, invadida Italia, acampaba sobre el Po al frente de las legiones romanas; Antíoco, sojuzgada la mayor parte de la Celesiria, había licenciado para invernar sus tropas; y Licurgo, rey de Lacedemonia, se había refugiado en la Etolia por temor de los éforos, quienes informados falsamente de que quería perturbar el Estado se habían reunido una noche y asaltado su casa; pero él, presintiendo el golpe, había huido con su familia.

Llegado el invierno, Filipo regresó a Macedonia. Epérato, pretor de los aqueos, era aborrecido de las tropas de la República y menospreciado hasta el máximo de las extranjeras. Nadie obedecía sus órdenes, ni había disposición alguna para la defensa de las fronteras. Pirrias, a quien los etolios habían enviado por pretor de los eleos, advirtió este descuido, y tomando mil cuatrocientos etolios, los extranjeros de los eleos, y hasta mil infantes y doscientos caballos de su República, de suerte que el total ascendía a tres mil hombres, saqueó no sólo el país de los dimeos y fareos, sino también los campos de Patras. Por último, acampado sobre el monte Panaqueo, que domina la ciudad de Patras, talaba todo el país que se extiende hasta Rion y Egio. Las ciudades aqueas, maltratadas con la guerra y sin poder defenderse, pagaban con dificultad los impuestos. Los soldados, dilatadas y retenidas sus pagas, cumplían del mismo modo con su ministerio. De estos dos atrasos resultaron en cambio dos desórdenes: ir las cosas a peor, y desertarse las tropas extranjeras, efecto todo de la indolencia del jefe. En este estado estaban las

cosas de los aqueos, cuando, cumplido el año, Epérato dejó la pretura, y Arato el Viejo fue puesto en su lugar al inicio de la primavera. Hasta aquí de los negocios de Europa. Y puesto que la distinción de los tiempos y la conclusión de los asuntos nos ofrecen bella proporción de pasar al Asia a relatar los hechos ocurridos en la misma olimpiada, convirtamos la narración a aquella parte.